

otro que siendo llamado por su Superior, y sacaba vino de una bota, el cual fué tan pronto, que luego la dejó, y destapada, que todo se podía salir, y Dios obró milagro que no se salió gota; pero si este tal y Mauro cayeran en la cuenta, y el uno fuese a ayudar al que se ahogaba, y el otro fuese a ver lo que su Superior le quería; con todos estos peligros estar ciertos, fueran más altas y perfectas obediencias; pues a cosas tales se atrevían por la gran seguridad que Dios ponía en sus almas por la virtud de la obediencia, la cual la cumbre de ella llega a tanto, que *Foras mittit timorem.-- Vir obediens loquetur victorias*¹.

Esta tal obediencia ciega es menester que el que quisiere venir a alcanzarla, que se ejercite en ella desde cosas muy menudas de obediencias, no menospreciando las bajas, porque vaya siempre creciendo a lo más alto y más difícil con el buen ejercicio y hábito que va ganando, hasta llegar a la cumbre de la perfección de ella: por el cual camino obra y comunica Dios al tal obediente, (porque busca en ella y en todo contentarle), grandes misericordias y mercedes y regalos, porque imita a su Hijo, que tan obediente fué a su Padre, *Usque ad mortem, mortem autem crucis*.² Esta obediencia se ha de ejercitar desde los principios delante de Dios, como los ángeles, mirando a este Señor en todas ellas cómo se lo manda y cómo proceden de él, (pues es cierto que la obediencia es ordenanza de Dios Nuestro Señor), para alegrarse con ella, pues Dios se lo manda que lo haga; actuando la voluntad y corazón en la misma obra de la obediencia a lo hacer por aquel Señor que presente tiene y se lo manda, alegrándose actualmente con ella, teniendo por beneficio de Dios que se lo mande y se acuerde de él; para que vaya hecha con alegría, yendo con toda prontitud al llamaniento de Dios.

1 Prov. XXI, 28

2 Philipp. II, 8.

CAPÍTULO XXI

De la cuarta petición "Panem nostrum quotidianum da nobis hodie"

Panem nostrum quotidianum da nobis hodie. Esta petición es muy alta y provechosa para nuestras almas: porque así como el mantenimiento de nuestro cuerpo es el pan, y para eso lo tomamos y comemos y se toma para vivir y mantener el cuerpo; así más altamente este pan celestial, que Cristo Nuestro Señor quiere que le pidamos, y aparejados le comamos, es el Santísimo Sacramento del altar, que comido dignamente da vida al alma. Porque así como la vida del alma es este Señor, y su amor y su gracia, como la del cuerpo es su vida el alma; así *Qui manducat me, et ipse vivit propter me*¹: de manera que Dios es nuestro mantenimiento, y nuestra vida de nuestras almas y de nuestros cuerpos; porque por él *Vivimus, movemur, et sumus*². De manera que este *Panis vivus, qui de coelo descendit*³, es pan que mantiene al alma, y es vida de ella.

Este pan también se puede entender por la gracia de Dios, la cual hemos de pedir a Dios, (pues es cosa tan preciosa), que sea en nosotros cotidiana, que jamás nos falte: hemos de pedir a Dios que nos las de hoy. Este hoy se entiende que toda la vida dure en el alma; porque hay dos días, uno largo y otro corto: el uno es esta vida, que vivimos acá abajo; en el cual día hemos de procurar (para ser amigos de Dios) que jamás falte en nuestras almas este pan de vida, que es la gracia de Dios; la cual es la que da vida a nuestras almas; y en faltando, está muerta y en

1 Joan. VI, 58.

2 Act. XVII, 28.

3 Joan. VI, 41.

desgracia de Dios. Y es menester guardarla con gran cuidado, porque se puede perder por nuestra culpa; y por muy levantado que sea uno en santidad, la puede perder: por lo cual es menester velar mucho sobre la grande limpieza del alma porque no se ensucie. Es de notar que hay dos días: el uno el de esta vida toda, que es como un día; en este día se alcanza la gracia de Dios, y por este día de la gracia de Dios van al otro día, que es al de la eternidad de la gloria, en la cual goza el alma eternamente de este pan del cielo, de este mantenimiento celestial y divino del gozar de Dios sin jamás perderle. Por él un día de la gracia van al otro de la gloria, adonde seguramente y para siempre gocen de Dios.

Estos dos sabores divinos y panes celestiales ha de procurar el alma de alcanzar, cueste lo que costare; que es el de la gracia y el de la gloria, para gozar de Dios para siempre. *Qui manducat me, et ipse vivit propter me*. Ya se ve muy a lo claro la grandeza y gran valor de estos dos panes divinos, y del grande mantenimiento que es para las almas. *Panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita*. Este pan del cielo con que el Señor nos convida, *Comedite, amici, et inebriamini, charissimi* ¹, *Hoc est corpus meum*, es a sí, a sí mismo, y a su gracia, para que le procuremos con gran diligencia, como cosa tan alta y preciosa para nuestras almas: y por eso quiere que lo procuremos y se lo pidamos, para que con gran disposición nuestra lo alcancemos de este Señor, que dice: *Petite, et accipietis; quoniam, et invenietis* ².

Para alcanzar esta gracia de Dios es un gran medio la oración, adonde el alma la alcanza, si la ha perdido: como la alcanzó la Magdalena, postrada a los piés de Cristo y regándoselos con las lágrimas en abundancia, que salían de sus ojos, de dolor de haber ofendido a su Majestad, hasta que mereció oír aquellas

¹ Cant. V, 1.

² Joan. XVI, 24.

tan regaladas palabras de Cristo: *Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum* ¹. Y también con la oración el publicano alcanzó la misma gracia de Dios: para que se vea cuánto vale la humilde oración delante de Dios, conociéndose el alma delante de su Dios por mala, y pidiéndole misericordia y perdón: y con perseverancia orando crece cada día el alma más y más en la gracia y amistad de Dios, y lleva y saca de allí grande fruto: porque el que está en gracia de Dios, está en Dios y Dios en él. Pues si está en el alma Dios, que es Señor de infinita bondad y hermosura y resplandor, ¿qué hermosa estará el alma, por estar Dios en ella hermoseándola con su gracia, vistiéndola y ataviándola del brocado de tres altos de toda la beatísima Trinidad? Pues si el sol viste a una nube, por más fea y negra que esté, la lleva la fealdad y la oscuridad, y la hinche de resplandor y hermosura en gran manera, arrebolándola de lindos colores, la cual queda tan hermosa a todos los ojos que la miran; y esto por estar el sol en ella hermoseándola de su hermosura y resplandor: pues si tanto puede una criatura, dando a otra de lo que tiene, ¿qué hará Dios con el alma que está en su gracia, vistiéndola de su hermosura y resplandor, y de sus perfecciones, como aquel que es infinito en todas ellas? Por el cual camino viene a estar el alma en Dios, y Dios en ella, vistiéndola de sí mismo, como el sol a la nube: y vistiendo Dios al alma y dándole su gracia, pierde la fealdad, y cobra (por estar Dios en ella con su gracia) suma hermosura: porque *Deus charitas est: et qui manet in charitate, in Deo manet, et Deus in eo* ² hinchendo al alma de dones y perfecciones.

El primer remedio será, sacar el alma de este trato con Dios su divina gracia, considerando allí delante de Dios quién es ella, y quién ha sido, y los males que ha cometido contra su Dios; y verá cuán mala es y digna de penas eternas: y pida (convirtiéndose

¹ Luc. VII, 47.

² 1 Joan. IV, 16.

dose a su Dios, y sujetándose a él, derribándose a sus pies), perdón de sus pecados, diciendo con el hijo pródigo: *Peccavi in coelum et coram te: non sum dignus vocari filius tuus* ¹. Mire y considere a su Dios delante de sí, como a un Señor de grande misericordia para todos los que se vuelven a él, como otro hijo pródigo. Considere los males que ha hecho contra un Dios tan bueno, contra quien le ha dado el ser que tiene, contra el que ha criado todas las cosas del cielo y de la mar y de la tierra para él, contra quien ha dado su vida en una cruz por él con tantos trabajos, contra quien tanto me ha esperado para que me vuelva a él: y allí le verás estendidos los brazos para abrazarte, si te vuelves a él a pedirle perdón, para perdonarte; allí verás su misericordia, su bondad, y tu maldad, para que veas lo mucho que le debes servir: y allí pídele perdón, diciendo: "Señor mío y Dios mío, ten misericordia de mí, que a mí me pesa de haberte ofendido de todo corazón Ten misericordia de mí, que yo propongo la enmienda, y que antes moriré, que te ofenda, con tu gracia." Y así alcanzarás recibir este *Panem nostrum quotidianum* y la gracia de Dios con él. Considera la eternidad de las penas y la grandeza de ellas que para siempre padece el alma que muere fuera de la gracia de Dios y de su amistad; y considera la grande pérdida que pierde el que pierde su gracia, y acaba sin ella; porque pierde aquella gloria y amistad, para que el alma viva siempre pura y limpia como ángel del cielo, delante de Dios, y esté y ande y acabe en su santo servicio.

Este pan del cielo se puede recibir en dos maneras. La una es corporalmente en el Santísimo Sacramento del altar (*Ego sum panis vivus, qui de coelo descendit*), aparejándose bien para ello el alma. La otra manera es espiritualmente, como lo hacen los ángeles del cielo allá en el cielo, que actualmente espiritualmente le están amando, y con actual amor le están

¹ Luc. XV, 18.

recibiendo y metiendo en sus entrañas y corazones: así nosotros algunas veces al día habíamos de recibir espiritualmente a Nuestro Señor, metiéndole con actos y coloquios de amor más dulces que la miel dentro de nuestros corazones y entrañas, diciéndole: *Sicut cervus desiderat fontes aquarum, ita anima mea desiderat te, Deus* ¹: a la manera que lo hace la piedra iman al hierro, que con su virtud atrae a sí al hierro; así ni más ni menos, con la virtud y gran fuerza del amor hemos de atraer a este Señor, a este pan del cielo y mantenimiento y vida de nuestras almas a nuestras almas, para que las abrase allá dentro de más perfecto amor, para que crezca más y más de cada día en su gracia y amor, hasta que vamos al cielo, adonde haremos este oficio, como ángeles, con más alta perfección. Vamos, pues, a este Señor, y pidámosle que nos enseñe a hacer este santo oficio: el cual dice: *Discite a me, quia mitis sum et humilis corde* ²: y *Qui manducat me, et ipse vivit propter me* ³.

Ha de considerar el alma cómo se recibe a un rey, cuando entra en alguna ciudad suya, y qué aposento que le aparejan de sedas y brocados y de otras cosas de gran valor, y las fiestas que le hacen y regocijos tan grandes, siendo un gusano, polvo y ceniza. Pues si tan gran fiesta se hace a un rey y polvo, pues ¿qué fiesta y recibimiento se ha de hacer a Dios, cuando viene a nuestra casa, acompañado de sus cortesanos? Y ¿qué aparejada ha de estar la posada adonde él ha de estar? ¿Quién bastará para aparejársela como conviene para tan gran Señor y huésped? El remedio será, que con grande humildad le roguemos, pues somos tan pobres e ignorantes, que su Majestad sea servido, para que todo vaya como debe, que él apareje la posada de nuestra alma, pues es tan rico, sabio y poderoso, y amoroso, y lleno de virtudes y dones y perfecciones, para que él se contente

1 Ps. XLI, 2

2 Matth. XI, 29.

3 Joan. VI, 58.

del huésped, y repose en la posada, y así le haga mercedes.

Dice el Señor que le pidamos este pan, para que él nos le dé. Nos dice que nosotros le tomemos, sino que se lo pidamos que nos le dé hoy, es a saber, que siempre estemos dispuestos, para que pidiéndosele, que venga a nosotros dándonoslo, y su gracia para recibirle dignamente: como la Magdalena se dispuso para alcanzar la gracia de Dios; y fué, que luego que Dios la tocó, se humilló; y empezó a llorar amargamente sus pecados: y de tal manera se enamoró de Cristo Nuestro Señor, que vivía toda encendida y abrasada en su amor: de condición que con estas tres virtudes, que siempre andan juntas, ganó la gracia de Dios, que son: caridad, y humildad, y contrición suma y pesar de haber ofendido a su Dios. Y por este camino recibe Dios a las almas en su gracia y amistad, diciéndolas: *Venite ad me omnes, qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos* ¹: acordándonos, para confiar mucho en Dios que nos recibirá en su gracia, lo mucho que desea que le amemos a él, y como allá en el cielo se hace gran regocijo y fiesta sobre un pecador que se convierte a Dios, y se humilla, y hace penitencia de sus pecados, *Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias* ², acudiendo a Dios en todos nuestros trabajos, como a nuestro padre y médico, para que sane todas nuestras enfermedades: *Non egent qui sani sunt medico, sed qui male habent* ³; y con esta comida de este pan del cielo con esta disposición alcanzaremos la vida del alma, que es su gracia acá, y allá la vida de la gloria, *Qui manducat me, et ipse vivet propter me*, y estaremos dispuestos para recibir al santísimo cuerpo de Cristo Nuestro Señor.

Veamos, pues, qué sabor tiene este pan del cielo. *Qui manducat me, et ipse vivet propter me*. Pues el sabor que tiene

1 Matth. XI, 28.

2 Ps. L, 19.

3 Luc. V, 31.

para el que dignamente le recibe, es que recibe el sabor de la gracia de este Señor, y después, perseverando en ella, recibe después el gusto y sabor de la gloria: porque este divino pan del cielo da gran gusto y sabor al alma; da gran gusto de abrasado amor a Cristo, y la Virgen su Madre; da gusto en el amor del prójimo, aunque la haga agravios; da gusto en los trabajos: este pan del cielo da gusto en las persecuciones; da gusto la castidad; da gusto la obediencia; da gusto la gran sujeción a su Dios, y por Dios a toda criatura; da gusto el estar toda resignada y entregada en su Dios; da gusto el menospreciar al mundo y a sus cosas. Esto obra en el alma este pan del cielo; da gusto el ejercicio de las virtudes; da gusto la mortificación. Todos estos sabores y regalos da este pan del cielo al alma; da gran gusto la imitación de Cristo Nuestro Señor; da gusto la humildad y el ser menospreciada de todo el mundo, y que no haya ninguno que sea cuerdo de ella, ni haga caso de ella; da gusto la oración y el tratar siempre con Dios.

Este pan del cielo causa en el alma todos estos sabores y efectos, y otros muchos: y a la medida de la frecuencia dignamente, comunica en el alma este Señor estos efectos y acrecentamiento de gracia y de gloria. *Qui manducat me, et ipse vivet propter me*, dándola acá gran gusto de su gracia, y después el gusto de la vida eterna.

CAPÍTULO XXII

De la quinta petición "Dimitte nobis debita nostra"

Parece que el Señor nos espanta y atemoriza por nuestro grande bien, viendo lo mucho que nos importa el amor de

nuestros prójimos, diciéndonos que él no nos perdonará, si nosotros no perdonamos a nuestros prójimos de corazón: para que se vea cómo ama el amor de unos con otros, aún cuando nos hacen malas obras; porque de verdad que no nos hacen malas obras, sino buenas: aunque es verdad que ello no son los que nos dan el trabajo, sino que Dios nos le envía con el instrumento que él es servido para nuestro gran bien y corona, y para que imitemos a su Hijo padeciéndolo por su amor, como él padeció tanto por el nuestro. Y porque nos ama tanto, que dió su vida padeciendo por nosotros tanto, nos espanta diciendo que no nos perdonará a nosotros, si no perdonamos a nuestros hermanos de corazón; y porque del temor pasásemos al amor, no nos enojando con ninguno.

¡Oh si supiesen y conociesen los hombres el grande bien y tesoro que les viene de la mano de Dios por el camino de los trabajos y persecuciones, y el grande tesoro que dentro de ellos está escondido, lo cual da Dios a conocer a los vencedores en ellos de sí mismos! Es cierto que no nos hartaríamos de alabar y bendecir a Dios en ellos: y ¡cuánto crecería más y más el alma en el amor de Dios que se los envía, y del prójimo también como tesoros grandes para ella! Y al instrumento del prójimo ¡qué de fiestas que le haría de agradecimiento como a insigne bienhechor! Y no lo hacer es por falta de luz del cielo y de conocimiento de este tan gran bien, con lo cual se desengaña el alma, y desengañada viene a crecer más y más en el amor de Dios, que la envía aquel presente de aquel trabajo, o por mejor decir, regalo enviado de Dios al alma, para que con él se haga rica; pero al criado e instrumento le amará más y más como a gran bienhechor suyo, y le servirá y regalará.

Y como no tenemos esta luz del cielo, no se hace, porque es por falta de luz del cielo y de conocimiento de este tan gran bien: y esta es la causa por que aborrecemos los tesoros de los trabajos, y al instrumento con que Dios los envía, que es al

prójimo, que con tan grande amor habíamos de estimar en mucho. Y por eso los siervos de Dios como conocen este tan gran tesoro, hacen buenas obras al que a ellos se las hace malas; aman al que los aborrece; dicen bien del que de ellos murmura y dice mal; y con instancia ruegan a Dios por ellos, a imitación de Cristo Nuestro Señor: y así estos tales podrán decir a Dios pidiéndole justicia, pues es justísimo: "Señor, perdóname los males que he cometido contra tí, así como yo perdono por tí los males y agravios que mis prójimos han cometido contra mí:" y el Señor cumplirá su palabra, como siempre, que es que perdonará al que por su amor perdonare de corazón a su prójimo las injurias que le ha hecho, como le aconteció a Santa Isabel, hija del rey de Hungría, que siendo injuriada de muchas personas, oró por ellas con lágrimas, suplicando a Nuestro Señor que diese a cada una una merced por cada injuria que le habían hecho: y respondiéndola Nuestro Señor, que nunca oración tan acepta le había hecho, y que por aquella le perdonaba todos sus pecados; para que se vea cómo perdona Dios al que por su amor perdona los agravios que le hacen.

De un hombre de suerte se dice, que otro le mató un hermano que tenía: y él queriendo vengar la muerte de su hermano, un día el hermano del muerto le encontró en una calle adonde no se le podía escapar, y el delincuente viéndose perdido, el remedio que tuvo fue, que se fue a él, y se echó a sus pies, y le pidió y rogó que por amor de Cristo que le perdonase: al hermano del muerto movieron tanto estas palabras, que le dijo: "Yo te perdono a tí, porque Jesucristo me perdone a mí." Este que perdonó se fue a una iglesia, y entrando en ella, se topó con un crucifijo; y cuando entró, el crucifijo que estaba enclavado en la cruz, se desenclavó el un brazo, y con él se quitó la corona, mostrando agradecimiento al hombre que por su amor había perdonado la muerte de su hermano. Este movido de esto que con él Dios había obrado, dejó el mundo, y se entró en religión,

donde es de creer que acabaría santamente. ¡Cómo se ve lo mucho que agrada a Dios perdonar por Dios a los que nos han hecho algunos agravios, y cómo los galardona tan altamente!.

Esto es acto de gran perfección y santidad, vencerse el hombre a sí mismo por Dios, que no el ser una alma consolada y no probada: porque en la prueba de los trabajos se descubre lo que hay en el alma de perfección y santidad. Dichoso el que Dios le levanta a tanto, que no sólo perdona por el temor del castigo de Dios, pero pasa muy más adelante, perdonando puramente por amor de Dios. Esta caridad y amor de Dios en el alma suele ser muy grande, y de este amor tan grande del amor de Dios, que habita en el alma, sale obrando maravillas un grande río y copioso, que es el amor del prójimo: los cuales dos amores cuando son en el alma perfectos, la hacen a ella santa, porque *Charitas omnia suffert*, sufriendo por Dios muchos trabajos. Suélese decir un refran que "No es todo oro lo que reluce," que también hay oropel. Podrá ser que a alguno le parezca que tiene gran santidad, cuando Dios le visita mucho y consuela en la oración, pareciéndole que allí le está altamente amando: por lo cual vive muy consolado y alegre mientras dura la visita de Dios; y esto acostumbra Dios hacer a los niños nuevamente convertidos a su servicio, porque si luego los tratase con aspereza quizá le volverían las espaldas, como flacos en la virtud; pero después que han gustado de Dios, y él se les esconde, tampoco se desengaña de su estima, y ve y conoce que no tiene lo que se pensaba; porque la prueba, aunque pequeña, con que Dios le prueba, se lo descubre: porque con el toque de la tribulación se descubre lo que es oro fino o falso.

Cuando Dios visitó a los hijos de Israel y regaló tan altamente, sacándolos del cautiverio de Egipto, y pasándolos a pie enjuto por el mar Bermejo, y ahogando en él a sus enemigos, y enviándolos cada día la comida del cielo, con otros muchos regalos y favores y mercedes que les hizo, estaban muy alegres

y consolados y contentos, mientras duraban os favores; pero de que Dios los probó dándolos algunos trabajos, luego como su santidad no era de oro fino, sino de oropel falso, luego volvieron atrás, dejando la adoración de su Dios y adorando ídolos; por lo cual fueron castigados. Porque se vea que la santidad no se ha de medir por tener el alma muchos regalos de Dios y consuelos, ni por tener revelaciones y visiones, y dón de profecía, ni por hacer muchos milagros. Pues ¿por dónde se ha de medir? Digo que por la caridad y amor de Dios y del prójimo: que se descubre esta santidad en el ama, si la tiene, cuando el alma es probada con el toque de la tribulación con grandes trabajos, y ella está firme en ellos por Dios, deseando padecer más y más, si el Señor será servido por su amor.

Esta tan alta caridad es la que la levanta el alma de quilate, con la cual ella se ofrece toda con todo su corazón a la divina voluntad, no buscando su interés en lo próspero ni en lo adverso, en lo temporal ni en lo eterno; y esto, no solamente antes que venga el trabajo, ha de estar toda el alma entregada en su Dios; pero estando en lo fino del trabajo, padeciéndolo todo por amor de Dios, alabando y bendiciendo a su Dios, deseando padecer más y mayores trabajos por amor de Dios; y en esto está la santidad, y en la profunda profundidad de la humildad, y en la mansa paciencia.

CAPÍTULO XXIII

De la sexta petición "Et ne nos inducas in tentationem"

Es tan grande el trabajo y el peligro en que se ve el alma sierva de Dios, que por ser tan grande, y ella tan flaca, dice Cristo

Nuestro Señor con esta petición que le pidamos su favor y ayuda, para vencer con ella la tentación y a todos nuestros enemigos, porque él está aparejado para ayudarnos. *Cum ipso sum in tribulatione* ¹. *Beatus vir, qui suffert tentationem, quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vitae* ². Y como el demonio ve que el alma sirve a Dios, tiene de ello tanto pesar por el odio que tiene a Dios, tiene de ello tanto pesar por el odio que tiene a Dios; y por el pesar que tiene de que el alma sirva a Dios, la persigue, procurando de apartarla del servicio de Dios para que ella se pierda, como él se perdió por su maldad: y así de noche y de día la persigue, y cuanto él tiene mayores indicios que el alma ha de procurar de servir a Dios con más perfección, más enojo tiene contra ella, y más la persigue; porque no querría que ninguno le sirviese, ni fuese al cielo a gozar lo que él perdió; y así estas tales almas persigue con tan grandes trabajos de tentaciones: las cuales vienen a ser tales y tan grandes, cuales entendimientos humanos no bastan a comprender ni creer la grandeza de ellas sino el que lo pasa y padece: porque son tan grandes y de tan largos años algunas veces, que exceden a muchas de las que pasaron los mártires: porque padecer en el cuerpo tan grandes trabajos como padecieron, cosa fué de grande trabajo; pero con la constante paciencia que Dios los daba salían vencedores de todos sus enemigos, y de todos los trabajos por Dios; y estos atormentadores atormentábanlos porque negasen la fe, y para eso les movían en lo exterior con los tormentos.

Pero los siervos de Dios, que con tan estupendas tentaciones son martirizados por sayones más crudos que los hombres, no sólo en los cuerpos, que allí se acaba toda su pretendencia para por allí rendirlos; pero los demonios pasan más adelante con sus

1 Ps. Xc, 15.

2 Prov. XXVIII, 14.

tentaciones, que tientan al alma moviéndola cuanto pueden a que niegue a su Dios interiormente, representándola cosas malas, y haciéndola fuerza para que las consienta y ame pecando. Y el mayor tormento que hay en el mundo de los siervos de Dios finos es esta pelea interior, porque de las exteriores penas y tormentos por consuelo tomarían las de los mártires, porque allí no hay quien les haga fuerza en lo interior que dejen a su Dios, sino en lo exterior con el tormento; y si la hay, es pocas veces, y aun siempre: porque denme un martirio de cuerpo en lo exterior que salga sin lesión de pecado, y dársele, que la gran paz que le queda de la buena conciencia le alegra y consuela tanto, que no se entristece del dolor pasado: y muchas veces en el mismo trabajo los consuela Dios o por sí mismo o por ángeles; otras veces no sienten dolor, aunque los atormenten más; pero en las tentaciones, cuando el alma padece, no es visitada de Dios casi nunca, porque la cruz sea mayor y el mérito: y es tan grande el trabajo que padece peleando contra el demonio y sus halagos interiores, por no ofender a su Dios, que el temor del pecado peleando le da tanta pena y consume, que le trae y llega muchas veces a extremo de reventar y morir, por la gran fuerza que se hace para no consentir en lo malo que el demonio le trae: porque el demonio le hace al alma tanta fuerza para derribarla, que ella para contradecir a tanta fuerza y vencerle viene casi a reventar. Pues ¿a dónde llegará este tan gran martirio interior? El exterior martirio dale pena al alma, porque ve que tan cruelmente tratan a su amigo la carne; pero el interior ella sola se lo pasa todo, y tan largo, que es años; y con todos estos trabajos no está el alma del todo satisfecha si consintió o no: por do casi siempre vive en martirio, hasta que el Señor después de la pelea la visita, como a otro Jerónimo, y la asegura que con su gracia salió vencedora.

CAPÍTULO XXIV

De la última petición "Sed libera nos a malo. Amen"

Dice, pues, la infinita bondad de Cristo Dios y Señor Nuestro para dar fin a esta declaración del *Pater noster* con este mi grosero y rudo ingenio, que le pidamos que nos libre de todo mal. El cual mal parece claro que es el pecado; el cual lleva las almas al infierno, si es mortal y acaba en él: porque los otros males, que son los trabajos de pena que vienen a los hombres, como enfermedades, pobreza, persecuciones y otras cosas semejantes no son males, sino bienes, que nos envía Dios, para que con ellos, padeciéndolos por su amor, merezcamos coronas de gloria. Y como nos ama con amor infinito, y desea tanto nuestro bien, quiere que con sumo cuidado nos ejercitemos en toda virtud y santidad, para que con ellos, imitando a Cristo Nuestro Señor, vivamos vida santa y angélica y celestial, y alcancemos el cielo, para el cual fumos criados, y seamos libres de las penas eternas, para que en la eternidad de Dios en compañía de los ángeles gocemos de sus tesoros y bienes.

¡Oh bondad infinita de Dios, que tan grande sea tu amor, que siempre tienes cuidado de nuestro bien! ¿Quién no te servirá, Dios mío de mis entrañas, muy de veras, pues tan grande es el cuidado que tienes de nuestro bien, y de enriquecer al alma de tus tesoros, y de librarla de todos los males? ¡Oh! alábenle los cielos y la tierra, Dios mío, y bendígante todas las criaturas; que no miras a quien somos, sino a quien tú eres. Derrítanse, pue, Dios mío, todas mis entrañas de amor, para que te sea agradecido, y te sirva con todas mis fuerzas, y ame con todo mi corazón, para que siempre sea tuyo, y tú todo mío por amor

unitivo de los dos: y así sea libre de todo mal, guardándome tú de todo pecado acá por gracia tuya, y después goce de tí allá en la gloria. Amén. Así sea, mi Señor te suplico por el tu muy amado Hijo Jesucristo Nuestro Señor, que contigo y con el Espíritu Santo vive y reina para siempre jamás. Amén.

II

DE LA UNIÓN Y TRANSFORMACIÓN DEL ALMA EN CRISTO

CAPÍTULO I

Que trata de la unión primera y segunda del alma con Dios

Caridad perfecta se ha de advertir que es un amor de grande amistad y familiaridad muy íntima con Dios que trae consigo una grande unión y transformación del ánima en Dios, que llega a tanto que cada uno da al otro todo lo que tiene y todo lo que es, y pide al otro todo lo que tiene y todo lo que es: de manera que viene a lo que dice la Esposa en los Cantares: *Dilectus meus mihi, et ego illi*. Lo cual se ve a la clara ser así en aquellas palabras que dijo Dios a Abraham, diciéndole que la paga que le había de dar por sus servicios sería a sí mismo. De donde se ve claro que al alma su amada da este Señor a sí mismo, es a saber, todo lo que tiene y todo lo que es.

Y Santo Tomás, habiendo escrito tan altamente del Santísimo Sacramento, el Señor le dijo que pidiese mercedes; respondió: *Nihil aliud, nisi teipsum, volo*, lo cual era pedirle a él mismo. De donde se ve claro que el alma pide a su Dios todo lo que tiene y todo lo que es: y como se aman tanto, Dios la da al alma

todo lo que tiene y todo lo que es. Y así es gran señal y clara que cuando el alma en sus principios de servir a Dios la mete Dios en grandes lágrimas y gran dolor de sus pecados y sumo pesar de haber ofendido a Dios y grandísima determinación de servirle de veras, y con esto en larga oración; que a la medida de esto la quiere Dios levantar a santidad y caridad y unión y transformación de Dios.

Esta unión tan grande del ánima con su Dios es en dos maneras: la una, y más baja, aunque muy alta: y aquí en este primer grado con el grande y abrasado amor con que se aman, pide el uno al otro todo lo que tiene y todo lo que es, y da el uno al otro todo lo que tiene y todo lo que es.

A este grande amor la despierta al alma la consideración de los muchos y grandes beneficios que de su Dios ha recibido; y así por las criaturas saca el alma el conocimiento de su Dios, y es por discursos; pero el más alto es cuando Dios se comunica al alma dándole conocimiento de sí en la oración sin discurso alguno; y a la medida que Dios da al alma conocimiento de sí mismo, le ama: y a tanto puede llegar, que se esté abrasando de amor; y estando así con su Dios el alma, se enajena de sí toda, y se aniquila y deshace, y se entrega toda a su Dios conocido y amado; y allí dentro de su Dios entregada de él y poseída, hace de ella como Señor de ella comunicándosele: y como él es fuego de amor, dentro de sí mismo la está abrasando en su amor. A manera de un hierro que está dentro de un gran fuego, que viene a comunicársele tanto, que viene a convertirle en sí el fuego, dándole de lo que tiene, y así es hierro abrasado en fuego, y transformado en él. Esta es la transformación del alma en Dios, y esto todo se viene a hacer por el camino del amor, y este mismo amor obra la unión de los dos enamorados; de condición que entre los dos ya no hay dos voluntades y querer, sino sola una, y esa es la de Dios, estando el alma con su Dios en alta contemplación.

Es de notar, que lo que se comprende en la contemplación no es Dios, ni puede ser Dios; por ser Dios en todas sus perfecciones, incomprensible, porque solo él se comprende, según San Gregorio; porque su ser es infinito, y así sus perfecciones son cada una de infinita perfección, y así ninguna de ellas se puede comprender sino por sí solo: por las criaturas venimos al conocimiento de Dios, y por los beneficios recibidos venimos a serle agradecidos y a le amar como a tan gran bienhechor nuestro y a abrazarnos en el amor de un Señor tan bueno; pero por la consideración y discursos de las perfecciones de Dios, como son la infinita bondad de Dios y amor tan grande, con que nos ama, le venimos a amar más ardientemente.

Pero cuando cesan los discursos, y Dios lleva al alma por sí mismo sin discursos, y la mete al conocimiento de sí mismo, mientras más la da de este conocimiento, tanto más ella se abraza más en su amor; porque este ejercicio es más alto y perfecto, por tomar Dios la mano en él, enseñando al alma por sí mismo, y comunicándosele altamente: entonces, como Dios es espíritu y el alma también, descúbresele Dios como es servido espiritualmente tan altamente que ella no se sabrá declarar después. porque así como no sabemos decir cómo es el ángel, por ser nosotros corpóreos y él espíritu; así las cosas que Dios comunica al alma por sí mismo de sí mismo, por ser Dios espíritu, no se pueden saber decir: y como Dios es un infinito ser, todo lo que de sí comunica es infinito; y como el alma no lo comprende, ni puede, ni es posible, causa en ella este conocimiento, que Dios la da de sí mismo, una tan grande admiración y amor a su Dios, que tiene al alma toda suspensa en el mismo Dios de la grandeza de la cosa que Dios la comunica de sí mismo: a tanto que le parece que ya no se sirve de la memoria ni del entendimiento, sino de sola la voluntad. De la cual admiración y amor tan grande de la voluntad vienen los raptos, particularmente cuando la comunica su bondad; y en

esta bondad e infinito ser de Dios la comunica otras muchas y grandes cosas y secretos grandes de Dios, todo en un punto, sin estorbar lo uno a lo otro, como si la cosa no fuese más de una sola. Y si esto que descubre Dios allí al alma es de las perfecciones de Dios, como este Señor es Dios de infinito ser, cada cosa de estas es Dios de infinito ser.

Pregunto yo ¿cuál estará el alma enamorada aquí dentro de este ser infinito de su Dios tan admirada y atónita y fuera de sí, contemplando cosas tan altas de Dios, y abrasada en el amor infinito de este Señor, que así se le está comunicando? Esta es la contemplación de las cosas divinas. Pues preguntar y querer saber en particular cómo es esto, ¿quién lo sabrá decir? Nadie, por cierto, ni contar; sino solo gustarlo y sentirlo. Porque si fueran estas cosas según la carne, pudiera decir que era una cosa colorada o azul o verde, o que era de oro o de plata, semejante a nosotros; pero como no es carne, sino espíritu, es imposible poderlo saber decir a nuestro modo.

Este ejercicio es muy alto, aunque cuesta poco trabajo, por ser todo miel y consolación sin mezcla de hiel, y es muy gustoso: y así no es esta unión la más alta, pero es una gran disposición con que Dios dispone al alma para la más alta y perfecta caridad, la cual cuesta de alcanzar grandes trabajos, para los cuales la da Dios primero para ayuda de costa los grandes gustos que aquí la da, porque pueda con ellos abrazar y hacer cara a los disgustos que le han de venir en la que se sigue.

Esta unión segunda y más perfecta que se sigue es más alta: en la cual prueba a Dios el alma cuánto le ama, y dala ejercicio con el cual venga a descubrir el amor que le ama, y con el cual vaya creciendo más en el amor y en toda virtud: la cual se alcanza no, como la primera, con consuelos y regalos, sino a poder de guerras y peleas grandes: la cual unión la ha de costar de alcanzar grandes e inenarrables trabajos, por ser cosa tan alta, tragando y bebiendo muchas purgas y hieles amargas de

persecuciones de sus enemigos por amor del amado. Lo cual todo en la primera faltaba, y así aquí es la prueba del amor. En la primera no había quien lo quisiese apartar del amado; y aquí en esta segunda hay muchos: y contradecir y vencer a todos, y estar firme peleando por el amado, y unido con él, y atado con su santa voluntad este es el fino amor, y la unión perfecta para ser probado con el toque de la tribulación, y estas son las verdades que descubren muy al descubierto el amor fino que el alma tiene a su Dios; pues no basta todo el infierno ni todas las persecuciones de todos los hombres para apartarla de su Dios, antes crece en ella con todas estas persecuciones más el amor, venciendo a todas con la gracia de Dios.

Estas son las verdades del amor: las otras hasta que venga la prueba, no sé qué me diga de ello, porque no siempre es oro lo que reluce, hasta que venga el toque y lo descubra, y se conozca cada cosa lo que es.

Pues la perfecta caridad y amor de Dios es aquella que dice San Pablo, que *Perfecta charitas foras mittit timorem*. . En el primer grado no teme el alma, estando con su Dios en la oración, porque allí no hay criatura ninguna que la contradiga al alma; pero en este segundo grado el alma no las teme, aunque la contradigan y se levanten todas ellas contra ella, porque *Perfecta charitas foras mittit timorem*, por estar toda en Dios, y unida con su santa voluntad; y como ya se ha dado toda a su Dios, no teme, pero descansa en el cuidado que sabe que su Dios y Señor tiene de ella como de hacienda propia de su Dios a quien se dio.

¿Qué maravilla es que el alma en el primer grado esté tan unida con su Dios, y amándole altamente, regalándola él tanto y comunicándosele tanto? En donde todo es consuelo, dulzura, miel, contento, alegría, suavidad, paz y toda consolación; pero que la esté azotando y desamparándola y dando licencia a todo el infierno que la persiga y a todas las criaturas, y que jamás se

aparte del amado, esta es más alta cosa y heroica y de varones fuertes estar unida con su Dios y fuerte entre azotes, hiel y vinagre, bebiendo purgas amargas de trabajos y persecuciones, y que todos los trabajos no bastan, como no bastaron a San Pablo, a apartarle de la caridad de Dios.

En sus principios fue tan regalado de Dios que fue arrebatado hasta el tercer cielo, en donde vio grandes secretos de Dios, en donde el Señor le dió grande conocimiento de sí mismo, por el cual conocimiento le vino a amar en sumo grado, tanto que le bastó para que después con aquella ayuda de costa pudiese padecer lo mucho que él cuenta de sí que padeció; en donde se le afinó más el amor padeciendo por tan buen Señor; y la unión y amor fué probado con el toque de la tribulación.

Y ser esta unión y caridad atribulada y probada más alta, véase a la clara: porque más le contentó a Dios lo que pasó por su amor, que lo que gozó con consuelo y gozo siendo arrebatado. Aquello no le costó nada; Dios se lo dio de balde; pero el padecer lo que padeció le costó grandes trabajos y muchos azotes que pasó por Dios de muchas maneras, sin volver atrás en ellos, con grande ánimo, estando unido con Dios, y fijo en la tribulación por su amor, como el mismo lo dijo, que ni la muerte, ni la vida, ni alguna criatura, le podría apartar de la caridad de Dios. En donde se ve a la clara la grande y perfecta unión y probada que tenía con su Dios; con los cuales trabajos crecía más en su alma por saberse él aprovechar de ellos con la gracia de Dios: *Gratia Dei in me vacua non fuit*. Porque así como un gran clavo que a poder de grandes golpes le afijan y meten en la pared, y sin ellos es imposible; así esta gran virtud de esta unión y caridad a poder de golpes de trabajos y gran mortificación se viene a alcanzar y afijar en el alma perfectamente, y a ser más sólida y perfecta; y toda virtud con los grandes golpes del martillo de la mortificación que la mete, y afija en el alma; y así como es imposible que el clavo se

hinque en la pared sin golpes de martillo, así es imposible que la virtud se plante y afije en el alma sin golpes de la mortificación, vencándose el alma en los trabajos, haciéndose fuerza (que son los golpes del martillo) a querer lo amargo, que le viene, por amor de Cristo; porque *Virtus in infirmitate perficitur*, es a saber, que crece y se perfecciona en los trabajos. Y Séneca dice: *Marcescit virtus sine adversario*: de condición que el ejercicio la hace crecer.

CAPÍTULO II

Los medios por do se viene a alcanzar esta perfecta caridad son los que siguen

Pues el primer medio por do esta gran virtud, reina de todas las virtudes, se viene a alcanzar, y por do en breve tiempo Dios se la da al alma, es por el camino de la humildad, como se lo dijo Cristo Nuestro Señor a Santa Catalina de Sena, que sin dificultad la alcanzaría. Y así creo de cierto que es imposible poderla alcanzar, sino es por el camino de la humildad. *Charitas humilis est*: y así se verá que siempre estas dos virtudes se aman tanto, que siempre andan juntas: como se verá en Cristo Nuestro Señor (y en todos los Santos), que el primer paso que dió en el mundo haciéndose hombre, fue con la caridad y humildad.

Y la razón porque creo que es imposible poderla alcanzar sino por el camino de la humildad, es ésta: porque nuestro corazón de suyo está lleno del amor propio y afición desordenada que se tiene a sí y a las criaturas; y como este corazón esté tan lleno de amor propio que tiene a sí mismo y a estas cosas terrenales, de necesidad se ha de buscar modo como echar fuera del corazón

este amor propio, para que estando vacío de tan mal amor, se venga el corazón a henchir de otro más precioso licor, que es el amor de Dios.

Para lo cual el medio más alto que yo siento es la humildad: porque con ella el alma, la comunica Dios tanta luz y gracia, que basta a conocerse tan altamente, que vea en sí cosas dignas de grande aborrecimiento de sí misma; lo cual todo le causa tenerse odio y no amor, enojándose consigo misma por verse tan vilísima y mala según el cuerpo y el alma; de do se viene a perseguir en sumo grado, y en este perseguirse ásperamente, así en lo poco como en lo mucho consiste, y este es el camino por do el alma se desnuda toda de sí misma, (a fuerza de armas, guerra y pelea), y de todo su amor propio, para que desnuda de él, haya vaso vacío en donde se pueda, aposentar el alto amor de Dios. Porque así como por el conocimiento de Dios, el alma tanto cuanto más la sube Dios a este conocimiento, tanto le viene a más amar; así ni más ni menos tanto cuanto Dios da más conocimiento al alma de sí misma, tanto más se parece más fea: de do le viene el perseguirse, por quererse entonces más mal; con el cual ejercicio se desnuda de todo su amor propio y de todos sus vicios y pasiones, persiguiéndose.

Vemos que cuando una pieza está toda cerrada que está toda oscura, porque no entra en ella la luz del cielo: así ni más ni menos un alma llena del amor propio vive en tinieblas, porque lo causa en ella el amor propio; pero si la ventana de la pieza la abren, entrará en ella el sol y la llevará toda la oscuridad y con su luz la pondrá muy clara; así ni más ni menos si se lleva del alma con la mortificación persiguiéndose el amor propio, hínchela Dios, porque se venció, de luz, porque sigue a Cristo negándose: *Qui sequitur me, non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitae*¹.

1 Joan. VIII, 12.

Si un vaso está lleno de aceite, no cabe en él otro licor, si no le echan fuera lo que tiene; pero si le echan un poco de agua, como el agua es contraria al aceite, ella se baja a lo bajo y hace fuerza al aceite echándolo fuera para quedarse ella sola en el vaso; y tanto le echarán de agua, que el agua eche fuera todo el aceite, y se quede sola. Así, pues, tanto puede uno perseguir su propio amor, haciéndose fuerza, que todo le eche del corazón, para que después de vacío pueda ser lleno de amor de Dios; y después de lleno, tiene este amor de Dios tal propiedad, que no consiente en su compañía cosa alguna del amor propio, y así no le deja entrar, viviendo el alma con gran perfección en el amor de Dios, a imitación del vaso del agua, que después de haber echado de sí todo el aceite, y lleno ya de agua, aunque más aceite le vuelvan a echar, el agua lo echa fuera, y se queda siempre lleno de agua: así ni más ni menos, después de llena el alma y corazón del amor de Dios, como el vaso está ya lleno, aunque torne el amor propio, no halla lugar a donde esté, y así no entra, defendiéndoselo el amor de Dios.

De condición que es imposible medrar el siervo de Dios en esta vida sin la humildad y sin perseguirse; porque no es otra cosa el perseguirse sino plantar con guerra y pelea en el alma las virtudes, desterrando el amor propio y todos los vicios, que se lo defienden. Porque así como un tallador ¹ si tuviese un madero para hacer una imagen, y jamás diese golpe en él ni trabajase, cosa clara es que jamás haría la imagen, sino que el madero se estaría siempre en una misma manera; así, pues, el siervo de Dios que no se persigue y mortifica, aunque tenga grandes deseos de servir a Dios, cosa clara es que, pues no trabaja en vencerse, hermoseando su alma con virtudes, persiguiéndose y mortificándose, que a cabo de treinta años se estará como el primero, porque no labra ni trabaja en hermosear

1 En el original *fuster*, palabra mallorquina.

su ama con las virtudes, como el tallador ¹ en hacer la imagen; antes volverá atrás, como el madero, que cada día vale menos, porque se viene a pudrir poco a poco, y cuando se quiere servir de él, no puede. Así el que no se persigue y mortifica, cuando quiere medrar, ya no puede; porque se le acaba la vida sin haber trabajado; y el trabajar, en el camino de Dios, es el perseguirse mortificándose y venciéndose por el mismo Dios.

Después de lo dicho podrá el alma, para que Dios la abrase toda en su amor, considerar en la infinita bondad de su Dios, y en la infinita hermosura de este Señor, y en cualquier otra perfección de Dios, y en el amor infinito que nos tiene: pues de amor bajó del cielo, y se hizo hombre, y se dió por ellos, muriendo en una cruz con tan grandes tormentos y trabajos. También considerando los muchos e inmensos beneficios que nos tiene hechos, especialmente en Cristo y por Cristo Nuestro Señor. Y aunque en el ejercicio del amor se puede tener por banco y objeto toda la Santísima Trinidad o a Cristo Nuestro Señor, Dios y hombre verdadero; es buen consejo tomar a Cristo, por ser el medianero por el cual habemos de ir al Padre, trayéndole siempre escondido en el corazón con las consideraciones ya dichas y las que se siguen.

La primera, es considerar la grandeza, valor y nobleza que están en Cristo Nuestro Señor. Pues , en cuanto Dios, es un mismo ser con el Padre y con el Espíritu Santo, en quien dice el Apóstol que habita toda la plenitud de la divinidad, y que están escondidos en él todos los tesoros de la gracia, de la sabiduría y ciencia de Dios; él es el Rey y Cabeza de la Iglesia; él es sumo Sacerdote; él es el que se ofreció en la cruz con derramamiento de toda su sangre por nuestro remedio, y se ofrece cada día bajo de especies de pan y vino por nuestros pecados; él es el sol de justicia que alumbra nuestras almas;él es pan de vida eterna; él

1 En el original *fustero*, la misma voz con terminación castellana.

es nuestro Salvador, nuestro Redentor, y medianero entre Dios y los hombres, y nuestro abogado, y ha de ser el juez universal de los vivos y de los muertos; él es esposo de la Iglesia y de las ánimas santas; él es nuestro padre, nuestro hermano mayor, y no hay otro nombre debajo del cielo bajo cuyo título y amparo podamos ser salvos, sino éste; y él mismo es por quien se reparten las gracias y mercedes de Dios sobre todas las criaturas.

Lo segundo es, considerar el grande e inmenso amor que nos tiene, al cual no hay abundancia de amor ni grandeza de cielos que se pueda comparar.

Lo tercero, es considerar los grandes y señalados beneficios que nos hizo, especialmente en su sacratísima pasión, que son las obras que manifiestan más su grande amor y vencen la dureza de nuestros corazones, pues llegó a tanto que de amor se dió a sí mismo, y padeció todo lo que padeció: lo cual en gran manera excede esta tan alta obra de amor a todos los demás beneficios juntos que de su Majestad hemos recibido.

Pues, después de ya mortificada el alma con aquel poco de amor y fervor que Dios la da a los principios, y allí llorados sus pecados y purgados, podrá ejercitarse en algunos actos de amor, hinchando el corazón, que ya estará con la mortificación desnudo de todo amor propio, del amor de Dios.

El primer acto de amor será gozarnos que Dios sea Dios con todas sus perfecciones, bondad, hermosura infinita, misericordia y sabiduría y otras semejantes perfecciones de Dios; y ejercitar muchas veces este gozo allá dentro del corazón es de mucho valor, y decir algunas palabras de ternura con la boca o con el corazón, como *Bonus es tu, magnus Dominus*.

El segundo acto de amor, es ejercitar mucho el corazón en desear el alma que entre todas las criaturas con todas sus fuerzas de entendimiento y de voluntad, espiritual y corporales se emplee con ardentísimos deseos en conocer, amar y servir a este Señor, y perpetuamente le alabar; y unas veces dolerse de

haberle ofendido, y desear padecer mil muertes antes que ofenderle; ejercitando los actos de la fe, de la esperanza y de la caridad, y decir con la boca o con el corazón: *Diligam te, Domine, Deus cordis mei! --Dilectus meus mihi, et ego ili* ¹.

El tercero es desear que todas las criaturas en el cielo y en la tierra conozcan y adoren, amen y sirvan a este Dios y Señor sobre todas las cosas, diciendo: *Confiteantur tibi populi omnes, et omnis terra adoret te et psallat tibi*.

El cuarto será con ardentísimos deseos desear padecer tribulaciones y trabajos grandes hasta morir y padecer martirio por amor de este Señor, por ser esta la prueba mayor de amor, conforme a lo que él dijo: *Majorem han dilectionem nemo habet* ²; y lastimarse sumamente que Dios sea ofendido y desear y procurar el remedio de todas las ofensas y la salvación de todas las almas.

Ayuda mucho para alcanzar este santo amor de Dios pedirlo a Nuestro Señor con ansias y suspiros con suma confianza, porque no hay cosa que él dé de mejor gana; y ejercitar mucho las consideraciones, teniendo cuenta con el fruto que obra en el alma porque el amor no es ocioso, sino que adonde está, obra, como fuego, comunicando al alma todas las virtudes, y así no consiente en ella faltas grandes ni pequeñas; limpia las imperfecciones, corrige las inclinaciones y no la deja buscarse a si misma, pero incítala y muévela a grandes y santísimas obras, y fortalécela contra las tentaciones, y desnúdala de sí misma, y finalmente trae todos los bienes al alma y aparta todos los males; y por este tan alto camino del amor de Dios se camina más en pocos días que por otros en mucho tiempo. Pero no se ha de entrar en él de rondón, sino después de bien llorados los pecados y purgadas las almas por penitencia y mortificadas.

1 Cant. II, 16.

2 Joan. XV, 13.

CAPÍTULO III

De tres puntos de mortificación en los cuales parece que se encierra toda la mortificación para alcanzar el amor de Dios ya dicho

El primero es que por el camino de la humildad conociéndose venga a no ser regalada, porque jamás aprovechará, y venga el alma con gran pelea a vencer todos sus quererres chicos y grandes, y todos sus no quererres con todas sus repugnancias, dándose lo que no quiere, y quitándose lo que ama; haciendo lo que no quiere, y no haciendo lo que quiere, siendo todo lícito. Para lo cual se ha de considerar que todo el hombre parece que no es otra cosa sino quiero o no quiero, amando y queriendo y repugnando las cosas que aborrece, que son los trabajos que da la mano de Dios le vienen; de condición que el hombre se ha de desnudar de todos sus quererres, convirtiéndolos en no quererres, como es querer que le regalen, ser estimado y honrado y que digan bien de él; hase de desnudar de esto convirtiendo esto en no quererres, no lo amando ni queriendo.

Quiere y tiene amor a las criaturas y regalos y deleites de esta vida desordenadamente, porque cuando es con desorden el amor de las criaturas, inquietan al alma y se ha de vencer; y de tal manera que en el corazón no haya ya afición desordenada a las criaturas, no queriendo ya placer ni deleite, ni otro contento ni amor, sino a sólo Dios y según Dios. Si quiero mirar cosas lindas y hermosas, no lo mirar ni tener en la cámara, ni fruta, ni flor, ni rosa, ni otra cosa que dé a los ojos contento: no porque mirar cosas lindas y hermosas sea malo, si es sin exceso, sino porque este vencerse vale mucho delante de Dios, y semejantemente otras cosas. Si quiero oler cosas olorosas o

yerbas o flores, o frutas, no lo oler, ni gustar sin necesidad. Si quiero oír lindas voces o cantos de aves o instrumento, no los oír. Si quiero gustar o comer cosas delicadas, deleitables y muy sabrosas, no lo comer, sino de lo menos sabroso y peor guisado, si no fuese por necesidad de enfermedad.

Porque si el alma por estas criaturas y otras viniese al conocimiento de su Criador que las hizo, alabándole en ellas, y dándole gracias por sus obras maravillosas hechas a sus criaturas, que crió tantas y tales cosas para ellas; bien se podía usar de ello alabando y bendiciendo a Dios; pero si no es así, sino que sólo para en su gusto, mejor es vencerse no usando de ello, y porque podría el alma entregarse tanto en el gusto de estas cosas desconcertadamente, que pecase o en la vista o olfato, o en el gusto, o en el oír; por eso me parece que se dice de San Agustín que tenía por escrúpulo o pecado el mirar una araña como cazaba las moscas, y el mirar a los perros como corrían a una liebre; y tenía en sí por pecado cuando en la iglesia cantaban y le movía más el canto que no la cosa santa que se cantaba, y dice él de sí que lo lloraba por pecado, y rogaba a otros que le ayudasen a llorar este pecado.

No se ha de querer vestido curioso, teniendo el corazón muerto a todas las cosas de esta vida, de tal manera que si uno tuviese todos los bienes de esta vida, y todos los regalos y dignidades, y después se viese en suma pobreza y grandes trabajos, esté tan contento sin ellos, como estaba con ellos, y más de esta manera se desnuda el alma de todos sus quereres, para que sólo viva en ella el querer de Dios, mirando siempre en sí si quiere algo que no sea Dios o para Dios, para vencerlo. Y es cierto que el que se escapa de estos pequeños pecados, que en estas cosas puede haber, y de palabras ociosas, que es señal de grande santidad, y que así como él tiene tan grande cuidado de contentar a su Dios, que este Señor le tendrá de hacerle grandes mercedes, porque se vence por Dios. *Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt*

cum vitiis et concupiscentiis ¹. Con lo cual viene a tan gran alteza de vida, que viene a ser semejante a un cuerpo muerto: porque propio es del cuerpo muerto no sentir afrenta, aunque le pisen en la boca, ni aunque le escupan en la cara y aunque le digan vituperios y deshonras, y aunque digan más mal de él en su cara, y aunque le den bofetones, no responde por sí, ni se queja, teniendo su boca cerrada como muerto: y así el siervo de Dios no siente estas cosas ni otras como estas, porque está muerto a todo, y así no se entristece de ninguna cosa adversa que le venga, ni se aflige.

Tiene otra propiedad el cuerpo muerto, que no codicia en su corazón cosa de esta vida, por tenerle muerto; ni recibe pena de cosas de esta vida; ni le da pena la ausencia de sus parientes y amigos ni otra alguna criatura; y, como muerto, no ama cosa de esta vida: a lo mismo ha de llegar el siervo de Dios. De estos tales se puede decir: *Mortui estis, et vita vestra abscondita est in Christo* ². Estos tales tan muertos y vacíos de sí mismos y sin amor propio y llenos del amor de Dios que habita en sus corazones, no vive ya en ellos (como son muertos a todas las cosas de esta vida y a sí mismos) querer ni no querer; porque ya han vencido todas las repugnancias de la voluntad con pelea, y sus querer con ellas; por lo cual viven ya en grande paz, como el muerto que ninguna cosa le saca de que esté siempre de un mismo semblante.

Tiene otra propiedad el cuerpo muerto, y es que no se le da nada de sí, viviendo en olvido de sí; y por el mismo caso no es regalado, ni se acuerda de sí, ni de cosas de comer, ni de beber, ni de vestir, ni que sea sabroso o bien guisado, ni que el vestido sea bien hecho y bueno: de nada de sí mismo se le da nada, ni tiene cuidado de sus comodidades ni de curiosidades: a esto mismo ha de llegar el siervo de Dios bien mortificado.

1 Gal. V, 24.

2 Coloss. III, 3.

Tiene otra propiedad el cuerpo muerto, y es que los ojos del muerto no gustan de cosas hermosas y lindas, ni las mira, aunque se las ponga delante: y esto mismo hace el mortificado, por estar ya muerto, con sus ojos. No gusta el muerto de cantos, por delicados y suaves que sean, ni de oler cosas olorosas, ni de tocar cosas blandas, ni de decir gracias; de condición que no gusta de cosa de esta vida: y así el siervo de Dios bien mortificado no gusta en esta vida sino de Dios o de cosas que le encaminen a más amar y servir a su Dios; y todo lo demás que no es Dios o según Dios, lo tiene debajo de los piés, estando muerto a todas las cosas por más y mejor servir a Dios.

La segunda cosa que se ha de vencer es para que el alma toda se dé a su Dios con todas sus potencias y sentidos, a tanto que ya no le quede nada suyo, estando toda transformada en su Dios, dándole a este Señor todo lo que la pide, que es que le dé todo lo que tiene y todo lo que es. Síguese para este entregamiento que el alma venza todos sus no quererres con todas sus repugnancias, las cuales entibian la caridad y quitan la paz del alma: y éstas vencerá queriendo y amando los trabajos que repugna la voluntad, de todo género y condición que sean, por pequeños o grandes que sean, venidos de la mano de Dios para que los venzamos por su amor. El alma no quiere que la contradigan, no quiere persecuciones, no quiere falsos testimonios, no quiere deshonoras ni menosprecios, no quiere pobreza ni necesidad, ni que la quiten cosa que tenga, no quiere ningún género de trabajo ni enfermedad, no quiere que le sucedan las cosas al contrario de su deseo, no quiere ser reprendida de nadie, no quiere que le disgusten, y otras cosas semejantes contrarias a su voluntad, no quiere ser mandada ni estar sujeta, sino mandar: y estos no quererres y repugnancias, y otras muchas sin cuento que hay, se han de vencer haciéndolos quererres, queriendo todas las cosas contrarias y adversas, que le vengan, por amor de Dios, para que toda el alma esté desnuda y

vacía de sí misma y vestida de la vida y condiciones de Cristo, haciendo su voluntad; porque el que niega sus querer y no querer y repugnancias hace la voluntad de Dios, muriendo a todas las cosas y a sí mismo: y así tan mortificado podrá venir a tener las propiedades del muerto, el cual no tiene repugnancias.

Tiene una propiedad el cuerpo muerto, que no hace pecados como el vivo: así el que ha llegado a estar muerto, es a saber, mortificado, como no tiene amor propio, es libre de muchos pecados que haría amándose como vivo, y así esta velando cómo servir mejor a Dios, y cómo será limpio de pecados, por mínimos que sean, por mejor parecer a Dios y contentarle, venciendo sus querer y no querer.

Tiene otra propiedad el cuerpo muerto, y es que hiede como perros muertos: así el siervo de Dios, que está mortificado y muerto a todas las cosas; se hiede a sí mismo como si trajese a sus narices perros muertos y muy hediondos. Y se hiede tanto que cree que hiede a los que están cabe él, por el grande conocimiento que tiene de sí: y tanto es a Dios más preciosa el alma, cuanto a sus propios ojos es despreciada y se parece mal.

Tiene otra propiedad el cuerpo muerto, y es que si cuando era vivo tenía escrúpulos, después de muerto no los tiene: así el mortificado que ya se ha puesto todo y entregado en las manos de su Dios fidelísimo, si antes tenía escrúpulos con su amor propio, ya no los tiene, por haberse entregado todo a su Dios, y puesto en él todo su cuidado, porque como ya no es suyo sino de Dios, él le desengaña se iba engañado, y en él vive una grande seguridad de este gran cuidado que Dios tiene de él, como padre que tanto le ama, y sabe y puede y quiere sacarle de engaño, si le hay; y así vive ya en paz el alma, por estar ya enajenada de sí y entregada a su Dios: y así él allá dentro la asegura que va bien, cesando ya todos sus escrúpulos, por lo cual ve cómo todo era tentación, dándole a conocer la verdad.

Tiene otra propiedad el cuerpo muerto, y es que aunque le

echen a los leones y feroces animales, no teme ni se entristece por ello, porque está muerto: si se ve en grandes trabajos y en medio de un gran fuego, no teme: y si se ve en grandes trabajos de mar y de tierra, no le dan pena; no teme los grandes vientos y feroces rayos, porque está muerto. Lo mismo ha de hacer el siervo de Dios bien mortificado con la perfecta caridad que *Foras mittit timorem*¹, para ser perfecto; pues sabe que ninguna criatura puede más de cuanto tuviere la licencia de Dios; y así no las teme, porque está todo puesto en lo que su Dios, como causa primera, querrá hacer de él, y poniéndose el alma toda en las manos de su Dios, viene a perder el temor. Y no pára esta perfecta caridad en esto, no temiendo a todas las criaturas y trabajos del mundo; pero pasa más adelante, y es que gusta el alma en verse en medio de grandes trabajos, para fiarse en ellos más de su Dios, no mirando ya el grande bien que le viene por aquí, sino sólo mira el contento de su Dios y su gran gloria, que de ellos resulta por amarlos ella y abrazarlos por su amor; y esto porque el alma está tan puesta y entregada en su Dios, que en sus trabajos el morir en ellos por su Dios le da más gusto que no el vivir, por ser cosa más penosa, escogiendo padecer lo más amargo por servirle más: y el ser libre, cuando Dios lo ordena, no le disgusta; pero ser entregada al padecer, como los mártires, le da más contento, por padecer, y padeciendo, más contentar a su Dios. Y así vive en grande paz, recibéndolos con hacimiento de gracias de las manos amorosas de su Dios: y no sólo en paz, pero en gozo y alegría, el cual infunde Dios en el corazón que tanto le ama. Es verdad que el alma no vive siempre en este tan dichoso estado, porque todo don es de Dios, y él le da cuando es servido; pero mientras más en el alma permaneciere esta merced de Dios, que la da a los vencedores de sí mismos, más santa será y más gradará a su

1 1 Joan, IV, 18.

Dios, por obrar ella venciendo sus querer y no querer con actos tan heróicos, buscando con ellos sólo la gloria de Dios, y más gracia de Dios tendrá.

Cuando el alma no esta bien mortificada y entregada en su Dios, dando a su Dios todo lo que tiene y todo lo que es, hállese en el trabajo en medio del temor y de la esperanza de carne; pero cuando está bien mortificada y entregada toda en su Dios, no teme ni espera más que un muerto, pero descansa el alma, como aquella que está toda en su Dios entregada y de él poseída, y así no tiene cuidado de sí en ninguna manera, sino el mismo Dios: y así todos sus negocios y trabajos andan prósperos y según Dios; y está tan segura, que no teme, aunque se turbe la tierra. y se trastornen los montes y vengan a caer en el corazón del mar. Y de esta tan grande seguridad nace la tranquilidad del alma, que es un cumplido reposo: y así el ama en medio de sus trabajos ni teme ni espera según la carne y el amor propio suele hacer, por no ser suya sino de Dios, en el cual está segura: no teme la muerte, ni espera en el trabajo la vida, sino gusta de lo que Dios ordena de ella, pues todo viene de su mano bendita. Cosa es por cierto heróica y divina que el alma no tema ni espere en sus trabajos, sino que toda ella esté puesta en la voluntad de su Dios, descansando y alegrándose en ella y en todo lo que querrá hacer de ella; ni teme a los trabajos, ni espera verse libre de ellos, sino que Dios haga de ella a su gusto, y esto porque el alma no tiene otro gusto sino el de su Dios.

¡Oh dichosa y bienaventurada el alma que a tan alto grado de caridad Dios la ha levantado, que esté toda enajenada de sí y entregada en su Dios, siendo este Señor señor de ella, y ya no ella de sí! ¡qué cuidado que tendrá Dios tan grande de esta su hacienda! Porque propio es de Dios y de su grande honra y fidelidad y de su gran bondad y de su grande amor y de su justísima justicia y liberalidad , tomar a su cargo la tal alma, y

con su infinito poder y saber hacer los negocios y todas las cosas del alma que a él se dió y entregó; y este Señor con su gran fidelidad y amor, con providencia de padre los negocia, así espirituales como temporales a gloria suya y gran bien del alma. Por lo cual se verá cuán seguras pueden estar en sus benditas manos y con cuánta ganancia; pues este figelísimo Señor con su gran sabiduría hará todas sus cosas, echando el alma en él todos sus cuidados, fiándose de él, y descansando en su gran cuidado de padre. Porque por esta perfecta caridad obra Dios obras maravillosas y divinas, como aquel que toma a su cargo la tal alma, que a él se dió y entregó. *Quis est hic, et laudabimus eum*¹? --*Hoc fac, et vives*². Porque quitarse tienen los cueros para parecer bien a Dios, que son los propios querer y no querer del alma con todas sus repugnancias y todas las afecciones desordenadas del corazón con grande mortificación y vencimiento de sí misma. Porque la carne viva, es a saber, no mortificada, le hiede a Dios como perros muertos; y la muerta, porque está mortificada, le huele más que no almizcle.

Este tercer punto que se sigue de la mortificación es, que el ama procura siempre de andar delante de su Dios en todas sus obras que hiciere; y aunque sepa que con ella agrada a su Dios, las haga con nueva intención de agradar a Dios y para su gloria, ejercitando en ellas el afecto del corazón interiormente a obrarlas por su amor, porque en esto consiste, y es efecto del amor de Dios, y a la medida de la caridad anda esta virtud; y así consiste en amor y no en palabras. Por este camino viene el alma a morir a sí misma y a todas las cosas de esta vida con pelea y guerra, y a vivir a solo Dios; y podrá decir de las tales: *Mortui estis, et vita vestra abscondita est in Christo*³. Esto es mudarse en otro nuevo hombre y de otra condición, al

1 Eccli. XXXI, 9.

2 Luc. X, 28.

3 Colos. III, 3.

revés del pasado, que lo que quería ya no lo quiere ni ama, y lo que no quería adverso y contrario ya lo ama y quiere, estando con la gracia de Dios todo el hombre mudado en otro mejor hombre.

CAPÍTULO IV

De tres grados de perfección del cumplimiento de la voluntad divina los cuales obra en el alma la caridad de Dios

El primero es hacer todo lo que hiciere y todo lo que padeciere por amor de Dios, enderezando la intención y corazón a ello. Este primer grado cuando le tiene el alma, ya tiene amor de Dios con que la ejercite y se venza por Dios. El que tiene este grado hace la voluntad de Dios negando la propia con todas sus repugnancias: y así este es uno de los más altos ejercicios que un alma puede tener en esta vida para medrar, vencerse a sí misma con todas sus repugnancias; porque todas salen del amor propio, y venciéndole, se engendra en el alma el amor de Dios.

No hay cosa en que más se descubra nuestra propia voluntad y amor propio, como en las repugnancias que tenemos de la voluntad, no queriendo las cosas contrarias a ella, por ser amargas de abrazar, y el que es tan dichoso que las abraza y se vence por Dios, hace la voluntad de Dios, y el otro no, sino la suya. Siente mucho la carne las repugnancias de la voluntad, porque está muy viva, aunque se venza, no estando mortificada del todo; pero entonces no las sentirá, cuando esté muerta, es a saber, mortificada y desnuda de todo amor propio, terrenal y carnal.

Estas repugnancias inquietan al alma, y entristécenla, y córtanla el hilo de su aprovechamiento, por ser todas contra el amor de Dios, que es todo alegre. Y así es menester echarlas del alma, para que haya en ella lugar para el amor de Dios, desnudándola toda del propio. Y así es verdad, que la más alta penitencia que un alma puede hacer en esta vida, y que más agrade a Dios con ella es vencerse a sí misma con todas sus repugnancias por el mismo Dios: porque en vencerse el alma a sí misma con todas sus repugnancias jamás se busca a sí misma, tomando lo amargo del trabajo por dulce: tragar y beber la purga amarga que repugna la carne y no la quiere, gran virtud es, venciéndose hasta que ya no sienta y esté muerta; esto es querer el alma o que no quiere, y gustar de los disgustos, y beber el cáliz amargo por amor de Dios, venciéndose, queriendo lo que no quiere y repugna, como son penas y trabajos y persecuciones, porque en esto hace el alma la voluntad de Dios, y cuanto más el alma de ella cumplirá, tanto más tendrá de perfección.

El segundo grado del cumplimiento de la voluntad de Dios, y más perfecto que el primero, es que no solo lo obra todo el alma por amor de Dios venciéndose, pero vencidas ya en él primero sus repugnancias, en este segundo lo obra con grande amor afectuoso al mismo Dios, el cual amor es causa que el alma no sienta las repugnancias de la voluntad con este tan grande amor que la tiene muerta a sí misma, es a saber, mortificada, y la caridad y amor de Dios en el alma es causa en ella de toda alegría, y tanto cuanto uno tiene más del amor de Dios más que el otro, tanto menos siente los trabajos y repugnancias, porque este amor de Dios vuelve lo amargo en dulce, y las obras que van hechas con más caridad y amor de Dios valen más delante de Dios, y así merece más uno sintiendo menos trabajo o nada, por la grande caridad que tiene, más que otro que no tenga tanta y halla repugnancia, porque el que repugna está, y vive en él su

amor propio, el cual es la causa de la repugnancia, teniendo poco amor de Dios con que la vencer: el otro esta ya muerto en el amor propio con el grande amor de Dios que tiene, el cual mata la repugnancia. Y así el mérito está en la caridad con que la obra es hecha y el trabajo es padecido por Dios, a imitación del Hijo de Dios, que tanto obró y pasó por los hombres con tan grande y abrasado amor afectuoso con que los amaba, haciendo tan perfectísimamente la voluntad de su Padre.

El tercer grado y cumbre de esta virtud que obra en el alma enamorada es este, que cumple en gran perfección la voluntad de Dios, y es que todos sus pensamientos, palabras y obras endereza solamente a honra y gloria de Dios. Y este grado le agrada a Dios mucho más, porque el alma cumple en él más perfectamente su voluntad. Esta tal no tiene otro respeto en todo lo que padece y obra sino solo a la gloria y honra de su Dios. No lo hace por temor que tenga a las criaturas, ni de algún respeto humano, no de amor carnal que tenga a las criaturas, o a sí mismo, o propio interés, sino sólo por respeto de su Dios. Esta tal tiene la caridad que lo obra en ella en gran perfección, y así *Foras mittit timorem*¹ y todo amor propio, obrando maravillas: esta perfecta caridad, engendra en el alma, como es tan grande, una grande estimación y adoración y reverencia suma a su Dios, por el cual pone a riesgo y da su vida mil veces, si fuese menester, volviendo por la hora de quien tanto ama y estima y adora: esta tal con esta tan grande caridad se goza en todo lo que le sucede adverso.

Por esta comparación se entenderá lo mucho que un alma ama y estima a su Dios y su gloria y honra. Si un buen padre tuviese un buen hijo, con cuánto cuidado y diligencia buscaría todos los modos del mundo cómo este su hijo tan amado fuese él el más honrado, levantado, rico y estimado de todo el mundo, si él

1 | Joan. IV, 18.

podiese: y esto por lo mucho que le ama. Y estímale y ámale tanto, que gusta que la honra que le había de hacer a él que la hagan a su hijo, según es el deseo que tiene de que le honren. Y lo mismo se hallará en el buen hijo para con su buen padre.

Y en esto se concederá tener el alma este grado: cuando dentro de su corazón sintiere como afijado y sellado esta tan grande estimación y amor a su Dios. Lo cual todo no consiste en palabras, sino en fino y grande amor de Dios.

CAPÍTULO V

En que se pone el ejercicio para alcanzar la perfección de estos tres puntos

El ejercicio para alcanzar la perfección de estos tres puntos es este: que cuanto más y mejor pudiéremos, andemos delante de Dios amándole siempre; porque este divino amor mata todo amor propio, enderezando delante de Dios todas nuestras obras con el amor de Dios a que vayan hechas puramente por su amor y gloria suya.

Puesto delante de este Señor el fin que a obrar nos ha de mover, el cual ha de ser contentar a Dios buscando en todo lo que hiciéremos, deseáremos y padeciéremos, su mayor gloria y honra, pues no tiene más bondad la obra de cuanto es la bondad del fin porque es hecha; y si malo fuese el fin, sería mala la obra, aunque ella de suyo fuese buena; y aquella será mejor obra que más puramente se hiciere por la gloria y honra de Dios. Y ciertamente que es tanta la diferencia, hechas las obras movido el hombre de su deseo, aunque sea bueno, o movido del amor de la gloria y honra de Dios, que sin comparación lleva